

SUMARIO

Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—
Nuevo concepto de la enseñanza militar, por Antonio García Pérez, capitán profesor
en la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.—*Importancia que se
concede al movimiento en la táctica japonesa*.—*La instrucción en el ejército inglés*.

BIBLIOTECA

Pliego 4 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliego 28 de «Topografía Militar», por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.
Pliegos 1 y 2 de «Manual de primeros socorros médicos en paz y en campaña.»

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

III.—*El combate del 27 de julio*

Resuelta definitivamente la conservación de las posiciones avanzadas, incluso de los puestos que se habían ido estableciendo á lo largo de las vías férreas de las minas, más por razones de orden moral y político que por motivos militares; para que las tales posiciones resultaran útiles y provechosas cuando se emprendiera el avance definitivo era menester asegurar la fácil desembocadura desde las mismas, lo que requería la dominación de la línea de comunicaciones, ó en otros términos la conquista de las estribaciones septentrionales del Gurugú, intentada sin éxito el día 23. A este efecto, se imponía la ocupación de Ait Aixá, que tratábase ahora de tomar por un ataque directo, de frente y bajo la protección de los fuegos de la parte oriental del campo exterior.

A las primeras horas de la tarde del 27 de julio, reuniéronse en dicho sector los seis batallones de la primera brigada de cazadores, rompiendo el fuego una batería situada en los Lavaderos de mineral. El avance debía efectuarse por el barranco del Lobo.

La brigada empezó adoptando la formación en tres líneas, de dos batallones cada una, pero más tarde, al acercarse al perímetro del campo exterior, constituyose el frente con cinco batallones: Figueras, en el centro; Llerena y Las Navas, en el ala izquierda; Madrid y Barbastro, en el ala derecha; Arapiles serviría de reserva. La distancia á recorrer desde la línea exterior al principio de los barrancos variaba de 400 á 1,200 metros. El batallón de reserva dejó una compañía en el Hipódromo y adelantó las otras tres.

Dada la orden de avance, los cinco batallones, que ocupaban un frente de 1,500 metros, desplegaron en un terreno de suave pendiente, casi hori-

zontal, y poco á poco fueron embebiéndose en las guerrillas la casi totalidad de los sostenes y reservas, lo que si bien al principio deparó la ventaja de una grande intensidad de fuego, fué causa poco después, al embocar el barranco, de que se iniciara un comienzo de mezcla entre las guerrillas de los diferentes batallones, porirse estrechando el terreno.

No obstante, guiadas las tropas por sus oficiales, que marchaban animosamente á la cabeza despreciando el peligro y el fuego, más certero por momentos, de los moros, avanzaron rápidamente por el fondo del barranco, muy abierto y de redondeados declives en sus comienzos, se internaron en la parte donde empieza á estrechar y á adquirir los caracteres quebrados del Gurugú, y dominando la resistencia del enemigo coronaron la posición de Ait Aixa. Como sucede siempre que se toma á viva fuerza una colina, acentuase la confusión y mezcla de las unidades, la totalidad de cuyas fuerzas se encontraba ya en primera línea, á tiempo que trataban de desplegar las tres compañías de la reserva y que no lo pudieron conseguir por la estrechez del lugar. Pero ya las primeras fracciones se adelantaban, ansiosas de arrojarse sobre los rifeños, y en breve toda la brigada, dejando atrás la loma conquistada, prosiguió su marcha de avance por el barranco, en dirección á las cumbres que dominan sus dos brazos en el punto de donde se separan de la cañada inicial. Este avance, más instintivo que preparado, tropezó con la resistencia de los rifeños parapetados en las laderas y cumbres; el terreno, muy quebrado y abrupto en este parage, ofrecía al defensor un abrigo completo y una retirada asegurada, es decir, las dos circunstancias que se requieren para que los moros desplieguen todas sus cualidades guerreras, y oponía á nuestras tropas una gran dificultad á su marcha, agravada por el fuego enemigo que se iba haciendo más certero á medida que se avanzaba, hasta el punto de que á los pocos minutos el atacante se vió fusilado de frente y por sus dos flancos.

Muertos gloriosamente el jefe de la brigada, general Pintos, y gran número de jefes y oficiales, que sacrificaron sus vidas por dar ejemplo á sus bisoñas tropas; en aumento la mezcla de las guerrillas; sin poder desplegar ordenadamente la reserva, por insuficiencia material de espacio; y aumentando rápidamente las bajas, sin que hubiera posibilidad de infligir daño al enemigo, aconteció lo que ha acontecido en todos tiempos, en todas las guerras y á todos los ejércitos: un momento de vacilación en un grupo, el retroceso de otro, la confusión y perplejidad engendradas por quedar fuera de combate los jefes de unidades y fracciones, dieron lugar á un movimiento de retirada que no pudieron contener los oficiales de las secciones más avanzadas, á pesar de su heroico comportamiento, que les costó la vida á casi todos; y, una vez rota la unidad y comenzado el movimiento de repliegue, los moros, abandonando sus reparos pero sin presentarse todavía al descubierto, acertaron la distancia que les separaba de

la brigada y, profiriendo grandes voces, se aprestaron á caer sobre ella. En estas condiciones, no había que pensar en continuar el ataque, sino en retroceder ligeramente para restablecer el orden en las unidades y proseguir el combate en un terreno más favorable. Comenzada la retirada, enjambres de moros, brotando de las peñas y de los parages más escondidos, se arrojaron contra nuestras tropas y éstas, sin guía ni dirección en muchos puntos, por haber perdido todos sus oficiales, se replegaron por el camino más corto—el fondo del barranco—, siendo recogidas por la tercera brigada de cazadores y parte de la guarnición de Melilla, y sostenidas por varias baterías que rompieron de frente y de flanco el tiro contra el desde entonces tristemente famoso barranco del Lobo. Muchas bajas, como ocurre siempre en tales casos, nos costó la retirada; pero ella fué más funesta si cabe para los moros, porque estaban tan enardecidos y ebrios de sangre y de coraje, que siguieron á nuestras columnas, casi en contacto con ellas, y se expusieron á los fuegos á corta distancia de la artillería, que los barrió con botes de metralla.

Este es, á grandes rasgos y sólo en lo que nos importa para deducir enseñanzas, el relato del combate del día 27 de julio.

Su carácter distintivo, el más saliente, es que se consiguió alcanzar en el avance el objetivo táctico de la operación, pero todas las ventajas obtenidas se perdieron al efectuar la retirada.

Examinemos ante todo este primer punto. Nuestro Reglamento es poco explícito tocante á ésto: en los números 333 á 335 se previene que “desalojado el enemigo de su posición, la infantería de la línea de combate avanza á ocupar los puntos más convenientes y desde los que pueda molestar al enemigo que se retira, persiguiéndole con sus fuegos. Todas las fuerzas más próximas que queden disponibles, es decir, que no se empeñaron en el combate, entrarán inmediatamente por los flancos de los puntos conquistados y romperán el fuego sobre el contrario. Al amparo de dichas fuerzas, y una vez que el enemigo se haya alejado, las tropas de Infantería del asalto se reorganizan restableciendo los lazos tácticos; y reuniendo cada oficial sus soldados, al abrigo de las vistas y fuegos del contrario, se municionan, toman aliento y emprenden enseguida los trabajos de fortificación ligera necesarios para reforzar la posición, ocupando ésta sólidamente para oponerse á los esfuerzos que para conquistarla intente el adversario. Inmediatamente se preparan, y quedan en disposición de avanzar si es preciso”. En el número 337 se dice: “Solamente una persecución decidida completa la victoria y la hace fructifera: no basta rechazar al enemigo, hay que destruirlo, aniquilarlo. Para ello el combate de persecución ha de ser arrollador, enérgico, brioso, los avances han de ser rapidísimos y el fuego muy intenso y violento”.

Como se ve, en lo relativo á la ocupación de una posición conquistada hay cierta vaguedad, alguna timidez, parece que no existe convencimiento

en lo que se previene, y á un punto de tantísima importancia sólo se le dedican algunas líneas, con ideas generales. Falta el vigor en la frase, los términos concretos, preceptivos, terminantes; caracteres que en cambio resplandecen en el número relativo á la persecución. Y sin embargo, son tan frecuentes los casos de perderse un combate después de conquistada momentáneamente una posición, que casi podríamos reputarlos incontables. Ciertamente, los frutos de la victoria sólo se alcanzan en la persecución, pero para cosechar esos frutos es menester que haya victoria y ello exige que ante todo los puntos conquistados se ocupen sólida y definitivamente. Así lo comprendieron á su costa los rusos y japoneses, como antes lo habían aprendido otros ejércitos, y por eso en varios ó muchos reglamentos extranjeros se dan reglas precisas, categóricas, detalladas, sobre esa fase del combate, prescribiéndose que el primer deber de una tropa que conquiste una posición es ponerla en estado de defensa, agrupándose los soldados junto á los oficiales más inmediatos, sean ó no de sus unidades, y únicamente después de asegurada la posición y emprendida la persecución por otras tropas, enviadas con este especial objeto, se procederá á restablecer el orden y los lazos tácticos.

Esa falta de precisión de nuestro Reglamento, los pocos detalles que sobre el asunto contiene, quitan eficacia á sus preceptos, adquiriéndola á sus expensas los relativos á la persecución, enérgicos y vigorosos.

Ajustándose estrictamente al Reglamento, la brigada de Cazadores debió limitar su esfuerzo á la toma de Ait Aixa; y esperar la llegada de refuerzos ó la reorganización de los batallones para emprender entonces la persecución. En cuanto á lo primero, es y será generalmente posible en un campo de batalla extenso y movido el destacar tropas especiales que, cooperando de flanco ó por los costados al ataque principal, sean las encargadas de perseguir al enemigo; pero esa maniobra era total y absolutamente imposible en el barranco del Lobo, por no permitir la angostura del lugar, no ya el despliegue de reservas, sino el de toda la brigada. Y en lo que toca á lanzarse contra el enemigo después de atrincherada Ait Aixa y reorganizadas las unidades, la imposibilidad es obvia; porque estando atrincherados los moros en puntos más elevados y á retaguardia, se hubiese estado en el caso de un nuevo ataque más arduo y difícil que el primero, y no en el de una persecución. Por consiguiente, sin negar que ésta se emprendió sin estar preparada y sin asegurar debidamente Ait Aixa, conviene examinar la situación tal como se presentaba en aquellos momentos, antes de formular un juicio que podría ser temerario.

La brigada llegó á Ait Aixa sin grandes dificultades y al precio de bajas relativamente escasas; el enemigo no había presentado tenaz resistencia, ni parecía contar allí con muchas fuerzas, de manera que podía muy bien creerse que aprovechando su aturdimiento y desaliento, nuestras tropas conseguirían hacerse dueñas de las cumbres dominantes que se

alzaban más allá, con lo cual quedarían de una vez y para siempre aseguradas las posiciones avanzadas y la línea de comunicaciones á lo largo de las vías férreas. La continuación del avance no careció pues de lógica; y si se recuerda lo ambiguo, por decirlo así, de nuestro Reglamento en lo que atañe á la ocupación de las posiciones y lo terminantemente que se expresa al referirse á las persecuciones, se comprenderá que pudo muy bien pesar más en el ánimo del jefe la segunda consideración que la primera; resuelto á seguir el avance, no había tiempo que perder, pues sin duda no tardarían en acudir al Gurugú nuevos contingentes del harca, y en todo caso se contaba con fuerzas bastantes para conservar Ait Aixa si el nuevo ataque fracasaba.

Como es lógico, ignoramos si fueron estos ó no los móviles que llevaron á proseguir el avance pero para el caso nos basta con demostrar que la operación no tenía nada de extraordinario, ni anormal; bien puede asegurarse que los mismos moros estaban muy lejos de sospechar cómo iba á terminar la jornada, en la que mediaron una multitud de pequeños factores que unas veces se inclinan en un sentido y otras en el opuesto. Concluimos pues que aquella fué una operación arriesgada, ni más ni menos que otras muchísimas que se han llevado á cabo en guerras anteriores, ora con éxito, ya con desgracia.

En lo relativo al carácter más saliente del combate del 27 de julio, infiérese, en conclusión, que conviene modificar el Reglamento en el sentido expresado, poniéndolo en armonía con la realidad de la guerra.

Dignos de atención son también otros puntos: la carencia de reservas que desempeñen el papel de tales; la poca preparación del ataque por medio del fuego de artillería; la falta de flanqueos; el despliegue demasiado completo, lo que equivale á decir prematuro, de los batallones; y el abandono de la posición conquistada. Sobre alguno de estos extremos diremos nada más que cuatro palabras, pues se tratarán más extensamente más adelante.

El despliegue de todas las unidades y su acción en la guerrilla acaso fué un exceso de confianza, que no hubiera tenido graves consecuencias en un terreno más abierto; desconocido el barranco del Lobo, sus avenidas parecían prestarse al extenso despliegue que se hizo. Un reconocimiento del terreno era imposible, pero no aquella especie de intuición á que nos hemos referido en otro artículo, mediante la cual se llega á conocer con cierta aproximación la topografía de un lugar que solo se descubre en parte; esa falta de sentido topográfico vuelve pues á observarse en este combate, como se hizo patente asimismo en otros posteriores, y se dejará sentir siempre, mientras el oficial no reciba una preparación práctica con dicho fin. Acaso el único ejército del mundo que al presente posee esa instrucción es el japonés.

La preparación por la artillería no fué completa, de modo que cuando avanzó la infantería encontró al enemigo indemne y sin castigar; eso se ha dicho, y en verdad que en otras acciones posteriores la artillería efectuó un abundantísimo y prolongado tiro de preparación. A nuestro juicio, el extender la acción de la artillería á muchas baterías y prolongarla varias horas hubiera sido ineficaz ó poco menos, porque los rifeños permanecían escondidos y abrigados detrás de las peñas, invisibles, en lugares ocultos y dominantes, diseminados en reducidísimos grupos cuando no aislados, y en tales condiciones el fuego de la artillería, una vez lograda la supremacía moral, no podía conducir mas que á dar confianza y envale-tonar al adversario. En compensación, durante el último periodo de la retirada la artillería abrió un fuego abrumador y muy eficaz, causa principal de la huida de los kabileños. La tercera arma de combate llenó pues cumplidamente su papel en esa jornada.

El empeño de la reserva, debil para una brigada, antes de que llegara el momento decisivo, fué una mera consecuencia del despliegue completo de los demás batallones; la confusión originada en el frente de combate por la mezcla de las guerrillas, que necesariamente se condensaban á medida que estrechaba el terreno, impidió el despliegue ordenado de la reserva, imposibilitando que ésta cumpliera su misión principal. No hay que admirarse, según esto, de que faltara un núcleo organizado y en la mano de su jefe en los momentos supremos de emprender la retirada; en ella se vieron envueltas todas las tropas, contra la voluntad de los más, y no pudiendo avanzar ni maniobrar, ni sacar el efecto debido de las armas, se retrocedió sin que humanamente fuera posible ocuparse en resistir en Ait Aixa: era demasiado tarde.

Los flanqueos, limitados al barranco del Lobo, hubieran de seguro facilitado la primera parte de la operación, cuyo objeto se consiguió también sin ellos; y una vez rebasada la posición los flanqueos necesariamente se hubiesen visto detenidos por un puñado de rifeños, á menos de emplear fuerzas considerables y desarrollar una acción combinada, de amplios vuelos, para la qué no se disponía de tropas suficientes. Esos flanqueos, siempre convenientes, poco mejorarán el éxito del avance, limitado á Ait Aixa; en compensación, tal vez hubieran contenido la retirada, suponiendo que las fuerzas de los flancos se mantuvieran firmes dominando la falda y fondo del barranco.

Desde el punto de vista exclusivamente táctico, se ha de notar que aun cuando el despliegue inicial se efectuó á buena distancia del enemigo, no aconteció lo mismo con el envío de las reservas y sostenes parciales á la línea de fuego; y como el espacio reservado á cada batallón era insuficiente, vino como consecuencia el contacto y aun la superposición de las unidades, perdiéndose así la posibilidad de maniobrar y de mantenerse viva y eficaz la acción directiva. Esto explica que al encajonarse la co-

lumna en la parte donde comienza á estrechar el barranco del Lobo, los batallones se vieran envueltos en una retirada que, en otras condiciones, hubiera podido ser contenida facilmente.

Hay todavía otro aspecto, el psicológico, que debe tenerse en cuenta. Las tropas no estaban moralmente preparadas para sostener un rudo combate, y, sabiéndolo los oficiales, todos ellos trataron de inflamar el ánimo de sus soldados, poniéndose á su cabeza y llevándolos al ataque resuelto por el camino y los medios más cortos, aunque para ello fuera menester sacrificar la gradación recomendada en los reglamentos; y tenemos por seguro que este procedimiento hubiera dado los frutos apetecidos, á no tratarse de aquel barranco, en el qué la aglomeración de fuerzas beneficiaba ante todo al enemigo, por favorecer los efectos de su fuego. El heroico comportamiento de los oficiales levantó el espíritu de la tropa, pero este resultado, demasiado apresurado, se desvaneció al tropezarse con las primeras contrariedades serias y sobrevino una reacción funesta.

De todos modos, no fué esteril el sacrificio de tantas vidas, porque se demostró palpablemente que los rifeños no resistirían un ataque directo ejecutado con decisión, pero que en las retiradas de nuestras tropas se conducirían como leones, afrontando todos los peligros y sin temor á la muerte. Y se demostró también que los principios tácticos son, en su esencia, aplicables sea cualquiera el enemigo que se tenga delante, por lo que en los combates posteriores se observaron ya escrupulosamente los preceptos normales, persuadidos todos de que una relativa lentitud en las primeras fases del combate aceleraría indefectiblemente la resolución del mismo.

De una manera indirecta, del 27 de julio se deduce una enseñanza importantísima, que no es mas que la confirmación de lo ya sabido, aunque algunas veces olvidado: lo importante es el valor colectivo, fundado en la disciplina, en la cohesión, en la instrucción, en el hábito de la maniobra; el valor personal puede salvar una situación de momento, pero no basta para ser el regulador de un combate, porque por mucho que se haga jamás habrá en ningún ejército del mundo tantos bravos como hombres; este es uno de los motivos, acaso el principal, de que se recomienda tanto al oficial no exponer la vida sin necesidad, porque de ella depende en gran parte la salud de la tropa. Digamos, para terminar, que el derroche de vidas que la oficialidad hizo en el barranco del Lobo, regado también por la sangre generosa y abundante de la tropa, fué altamente fecundo y, dicho sin hipérbole, salvador, porque el alma española, siempre viva aun en los instantes en que parece más postrada, reaccionó: del pueblo salieron alientos de nuestra antigua energía, el sentimiento guerrero se extendió de un confín á otro de España, y el soldado no necesitó ya de nuevos estímulos, encendido su corazón por el deseo de vengar á sus jefes y compañeros y coronar de laureles la gloriosa enseña de su vieja madre,

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

NUEVO CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA MILITAR

III

MILICIA Y CIENCIA

El problema fundamental de la enseñanza en las Academias del Ejército no está á nuestro juicio, ni en la capacidad del alumno, ni mucho menos en la ampliación ó reducción de los programas: hállase preciso y terminante, en el deslinde perfecto entre los estudios propios de la milicia y los complementarios de ésta; la dificultad, pues, de esa enseñanza reside en señalar la esfera de acción entre las funciones de la carrera y las de ornamento exterior, sin que unas se vean diezmadas por otras ó atendidas con especiales privilegios.

En esta debatida cuestión hay quien preconiza el imperio absoluto de la milicia, mientras que otros defienden el predominio completo de la ciencia; á nuestro entender, ni la milicia debe ser absorbente ni la ciencia debe ser culminante; la misión del Oficial no es militar en todas sus manifestaciones ni científica en su variado desarrollo; hacer de la milicia ó de la ciencia toda la base de un sistema es retrotraer la evolución del Ejército ó precipitar esa misma evolución.

Nuestra enseñanza tiene dos aspectos que el progreso hace bien visibles: el militar y el científico. Ambos señaláanse hoy con cualidades características, con contornos bien dibujados, con elementos propios de crecimiento; constantemente sus esferas se incrementan, sus estudios adquieren mayor amplitud, su independencia se hace más notoria.

El desenvolvimiento de la inteligencia humana aporta continuamente materiales al campo de la enseñanza militar, enriqueciéndola de modo considerable; secuela, pues, de agregaciones tan valiosas es la necesidad de otorgar á la milicia y á la ciencia cantidades iguales de respeto, rendimientos útiles y preceptivos.

La milicia y la ciencia deben aparecer en la enseñanza congruentes con relación al módulo práctico y necesario; deben coexistir en un mismo plan razonadas y positivas, predominando en ellas la verdadera utilidad antes que la vanidosa exhibición; deben ser metódicas en su presentación y claras en su desarrollo; deben ser menos esclavas en los libros y más resultantes de la explicación ó de la experiencia visual; deben ser, en una palabra, menos teorizantes y más reales en la comprensión.

El estudio militar requiere más que una teoría absorbente un desarrollo práctico, un empleo eficaz de las facultades auditivas y visuales, un ejercicio constante y una mecanicidad inteligente; el estudio científico exige cíclicos esfuerzos mentales, clasificaciones racionales en el cerebro, aplicación de las fórmulas.

Al examinar nuestro plan de estudios se observa un amontonamiento de ideas, una irregularidad en el trabajo, una emulación discontinua, un gasto de energías cerebrales y un montón de conocimientos, ¡revueltos y efectistas como las baratijas de una barraca; en cambio, la fuerza elástica de la inteligencia no se dosifica, la tendencia neurótica se exalta con la inacción física, la intensidad de la atención no se cultiva por medios convenientes y los exámenes no son sino el permiso para olvidar; semejante plan de estudios, atentatorio al orden del pensamiento, á la perseverancia aplicada, á la circulación intelectual es asimismo contrario al principio pedagógico que impone á la enseñanza el que el individuo no se gaste sino que se ahorre.

La enseñanza actual de la milicia y de la ciencia conduce á la crisis del entusiasmo, á la actividad incoherente, á la rumiación intelectual; no cosecha esfuerzos de atención, intensos y sostenidos; no consigue la sumisión de nuestras voliciones y de nuestros sentimientos á la gran idea directora y dominante; no engendra la vitalidad necesaria para producir la asociación de ideas; no incuba en el pensamiento vigorosas inspiraciones ni fecundos elementos.

La enseñanza carece de plasticidad para vivir congénita con el medio social, de lenguaje para grabarse orgánicamente en el cerebro, de carácter para sugerir á la voluntad; indiferente á la ciencia pedagógica y rebelde al análisis psicológico ha quedado como instigadora de actos, pero sin fuerza motriz en sus estados afectivos.

La enseñanza militar, con esta lastimosa confusión de la milicia elevada á la categoría de ciencia y de la ciencia convertida en aluvión de cálculos, con esa desnudez de ropaje pedagógico, con la abrumadora carga de fósiles estudios, con esa atonía mortificante, ¿cómo es posible que regularice el pensamiento, que sea materia productiva, que active las funciones y que exite neuróticas exaltaciones?

¿Es acaso fértil á la inteligencia la combinación aplastante de estudios memoristas (hostiles á su percepción) con estudios intelectivos, engendradores de fórmulas cuya aplicación se desconoce? ¿Puede por ventura recoger la inteligencia ideas antagónicas por su origen é inútiles por su finalidad? ¿No es un absurdo ahondar los surcos cerebrales con impresiones fastuosas en apariencia y ridículas en su fondo?

El horror á la descentralización intelectual y el apasionamiento en la división del trabajo han sido causa de que ni la milicia haya sondado el fondo en los cerebros ni la ciencia haya cristalizado de un modo estable; en cruzamiento rápido no han llegado á proliferar, á dejar el sedimento de su tumultuosa invasión.

Si queremos, pues, forjar el alma de nuestro Ejército y no vestirla artificiosamente; si queremos destilar en la inteligencia del Ejército reflexiones meditativas; si queremos mantener como sostén de la energía las re-

laciones entre la idea y las potencias afectivas, se impone el fraccionamiento de la enseñanza en dos ramas, militar una y científica otra, externa y práctica la primera y aplicada la segunda; ambas influidas por intensa sensibilidad, ambas enderezadas á destruir los espíritus de mosca de que nos habla Nicolle, ambas dispuestas á cambiar el tipo desparramado por el tipo moderado.

Modifíquense los conceptos de milicia y de ciencia que hoy subsisten arcaicos en nuestra enseñanza militar; váyase á una milicia con vigores en el alma, con sed de sacrificio, con firmeza en el carácter, con educación en el conjunto, con caballerosidad en el ambiente; váyase á una ciencia con satisfacciones cerebrales, con ordenamientos fortificantes, con bien trazados programas, con regularidad en los métodos y con aplicación en las teorías.

IV

CULTIVO MEMORISTA

Le actividad despierta, las imágenes saboreadas, la concreción viva y característica de un detalle: tal es la memoria; hermosa facultad que permite el relieve de la atención, la solidez de las ideas, la soldadura entre las percepciones externas y el deseo de asimilarlas.

Ley de la memoria es la preimaginación del acto y la atención simpática; fenómeno endosmósico por el que la idea se asocia á los sentimientos y las fuerzas intelectuales cobran orientación.

La memoria, para que sea presentativa, sentida y capaz de producir estados psicológicos, necesita tramas de imágenes, canalizaciones vivificadoras, abstracciones repletas de color y de actividad; el recuerdo de una palabra consta de cuatro elementos: de una imagen motriz (palabra pronunciada), de una imagen visual (palabra impresa ó manuscrita), de una imagen auditiva (palabra oída) y de una imagen motriz gráfica (palabra escrita).

La buena memoria no debe cultivarse con la activa erudición, con la fatiga de la aplicación, con la ingerencia atropellada de palabras sin organización; la eficacia de la memoria no está tan solo en el trabajo del estudiante sino también en el esfuerzo del maestro realizado con perfección y con amor; los triunfos de la memoria no se ganan con las mortificaciones en el estudio sino que precisan los trabajos del maestro, lúcidos, renovables y esencialmente doctrinables.

Una memoria ejercida automáticamente, transformada en concentración trabajosa de palabras, construida para destellos del momento, surcada por ideales incoherentes y cubierta de superficial observación es una caverna donde pugna aprisionado el espíritu enmohecido, donde reina la

languidez de ánimo; bien dice Spencer que se observa en la mayor parte de los hombres el propósito de gastar en su viaje á través de la vida la menor suma posible de ideas.

La memoria en el discípulo y la acción en el profesor deben coexistir para obtener una resultante aprovechable, un hábito vehemente y una intensa meditación; la infiltración del método explicativo en las facultades memoristas será lo que el rayado es á los proyectiles, á fin de que el espíritu del alumno lanzado por la atmósfera de la ciencia marche con dirección, velocidad y objetivo.

Dos elementos integran la memoria, el reconocimiento y el tiempo. El reconocimiento, ó relación entre las percepciones y la identidad objetiva, afecta á su vez dos formas: implícita y explícita; en la primera, el elemento imaginario aparece desligado en la conciencia de la sensación provocadora; en la segunda, las imágenes se asocian de modo simultáneo á la percepción. En la primera forma, la imagen se aísla del pasado confundiendo con la sensación; en la segunda, la imagen busca los sentimientos del ayer.

El tiempo, segundo elemento de la memoria, es la gradación de sensaciones que aparecen á modo de encadenamiento confuso y brillante; el tiempo es la sucesión de imágenes que enlazan la sensibilidad de las cosas con percepciones idénticas realizadas á través del espacio.

“Las impresiones (“La vida sensible”, por el P. Marcelino Arnaiz) que constantemente recibimos del exterior, así como las afecciones subjetivas, no son como las ondas del mar, que se suceden unas á otras sin dejar huella de su existencia; en nuestra naturaleza sensible quedan grabadas por modo misterioso, y con mayor ó menor relieve, las experiencias de toda la vida, á modo de inmenso y al parecer desordenado panorama, que ha de constituir la base de nuestra riqueza intelectual y de las energías psíquicas. Estas experiencias, en forma de imágenes, disposiciones y aptitudes; pueden actualizarse y revivir en la conciencia, ó de un modo independiente y sin relación á este panorama general, ó asociadas á la imagen confusa del orden general sucesivo de las experiencias pasadas, y como tales experiencias, es decir, sintiéndolas como habidas anteriormente y en relación con un momento dado del tiempo. La imaginación conserva y reproduce simplemente las imágenes; la función característica de la memoria es de reproducirlas con la conciencia de haber sido experimentadas, y con relación á un espacio y tiempo concretos de nuestro pasado.....”

(Continuará.)

ANTONIO GARCÍA PÉREZ

Capitán Profesor en la Academia de Infantería,
con aptitud acreditada de E. M.

IMPORTANCIA QUE SE CONCEDE AL MOVIMIENTO EN LA TÁCTICA JAPONESA

«Si quieres ser victorioso, como lo son tus compatriotas en todas partes, ataca al enemigo todos los días, mañana y noche. Ataca y guárdate de ser atacado». *Carnot al ejército del Rhin.*

Mucho se ha escrito ya sobre la guerra japonesa. Ignoro si las enseñanzas que se dedujeron de la guerra lo fueron antes de que ésta comenzara.

El general De Heusch publicó el pasado año un interesante artículo sobre este asunto, resumiendo las lecciones de aquella guerra.

Voy á limitarme á apuntar, con respecto á esas lecciones, ciertas ideas que me parece, con perjuicio para nosotros, han sido mejor comprendidas en Alemania que en Francia.

En primer lugar, la principal característica de los métodos de combate japoneses es el movimiento. Los japoneses combatieron siguiendo la máxima de Carnot antes copiada.

He estudiado esta guerra durante bastante tiempo, procurando siempre representarme los hechos tales como acontecieran. Al terminar mi estudio se me representaban las llanuras de la Manchuria cubiertas de hombrecitos amarillos, los unos avanzando, á veces individualmente ó en pequeños grupos, los otros deteniéndose momentáneamente para continuar enseguida el movimiento de avance. Y este cuadro que se presentaba á mi imaginación creo que era el verdadero.

Los japoneses no ejecutaron extraordinarias acciones de bravura en ciertos puntos de sus campos de batalla, también permanecieron inactivos en determinados lugares, pero lo más frecuente era que avanzaran semejando sus masas una ola poderosa, disciplinada y espontánea.

El capitán Schulz dice: "Nosotros acostumbramos á figurarnos el avance contra el enemigo como un movimiento continuo, ó como un avance á saltos ayudado ó hecho posible por el fuego de la artillería ó de los cuerpos de infantería más inmediatos, ó bien (en el caso de avance á saltos) facilitado por su propio fuego. Este avance se continuaba hasta la llamada "posición principal de fuego" ó tal vez el objetivo era llegar á varias de esas posiciones situadas entre la inicial y la de la resolución al arma blanca. Desde tales posiciones se ejecuta un esfuerzo para derrotar al enemigo por la superioridad de fuego. La lucha por alcanzar la posición final se miraba como el acto decisivo del combate para arrojarle á la lucha cuerpo á cuerpo, y el asalto resultante ya no presentaba serias dificultades y carencia de importancia, porque en los más de los casos el asalto final se efectuaba contra una posición abandonada por el enemigo ó debilmente defendida por éste".

La guerra boer había demostrado ya lo erróneo de esta idea, porque cuando el atacante llegó, en varias ocasiones, á unos 200 metros del enemigo, luego de haber conquistado una aparente superioridad de fuego, era incapaz de dar un paso más. Pero creíamos que ello sería debido á la deficiente instrucción de los ingleses.

La guerra del Extremo Oriente ha destruido por completo los fundamentos de aquella idea. No solamente el atacante, después de haber logrado una supremacía aparente sobre la defensa, llega á 200 metros del enemigo sin haberle obligado á evacuar su posición, sino que puede llegar á 50 y aun á 20 metros sin que el enemigo se mueva. El asaltante entonces procura que el enemigo suspenda momentáneamente el fuego, y, aprovechando esta ventaja, trata de ganar terreno al frente y aproximarse lo bastante á la posición enemiga para alcanzarla sin gran esfuerzo de un solo salto.

La necesidad en que se ve la infantería de permanecer en continuo movimiento se puso de relieve en la batalla de Nan Shan. El ataque del centro japonés y del ala izquierda hubo de detenerse; únicamente la cuarta división en el ala derecha continuó haciendo progresos. El comandante en jefe Oku, escribió lo que sigue en el parte fechado á las 5 de la tarde: "La situación del ala izquierda de la tercera división se hacia por momentos más crítica". Sólo moviéndose dentro del mar pudo avanzar la tercera división; la artillería de esta división había agotado las municiones. "Por este motivo—continúa diciendo el general Oku—me vi obligado á dar á la infantería la orden de avanzar á toda costa". Y el comandante Estorff añade: Decisión ciertamente digna del general Constantino de Alvensleben el 16 de agosto de 1870". El asalto no dió ningún resultado inmediato, pero el general ruso, que podía haber continuado la lucha, prefirió retirarse á Port Arthur.

Esto hace ver con claridad la diferencia de actividad entre los rusos y los japoneses. El estudio de las batallas de Yalu y de Liao Yang nos conduce á reflexiones análogas sobre la diferencia entre los métodos de los japoneses y rusos. El capitán Otto Schulz da los siguientes detalles sobre la manera cómo avanzaba la infantería japonesa: "Los japoneses empleaban casi exclusivamente el método de avanzar á saltos, aunque el modo exacto de emplear estos saltos variaba. Grupos, secciones, compañías y aun batallones avanzaban á saltos como unos cien metros. Cuanto más violento era el tiro enemigo y más descubierto el terreno, tanto menores eran los saltos y más pequeñas las fracciones que los ejecutaban... Otro método de avanzar hacia el enemigo era arrastrándose. Este método que gozaba de mucho favor antes de aquella guerra, no conservó su popularidad. Las superficies que un hombre expone cuando se arrastra son ciertamente los dos tercios de la que expone cuando corre; pero es muy fatigoso el procedimiento. El hombre que se arrastra avanza con excesiva lentitud y

se hinchan sus rodillas y manos. Es necesario señalar otra desventaja, muy temida por los comandantes de compañía, que miran la cuestión desde el punto de vista económico, aun en tiempo de paz, y consiste en que las guerreras, los pantalones, las cartucheras, y sobre todo el calzado, se estropean mucho. De hecho, los japoneses apenas se valieron de este método. Su procedimiento favorito consistía en utilizar lo mejor posible el terreno y doblar la guerrilla.

Durante la guerra los japoneses se dieron cabal cuenta de que el enemigo no estaba inflamado por el espíritu de ofensiva que les animaba á ellos. Durante las escaramuzas preliminares que tuvieron lugar antes de Mukden, dijo Kuroki: "Puede decirse que el enemigo carece del espíritu de ofensiva; es verdad que avanza, pero escava trincheras en sus posiciones avanzadas, las defiende enérgicamente y ya no avanza más. El fuego de shrapnel produce escaso efecto... No hay motivo para temer á la caballería enemiga".

No es de extrañar, según esto, que los japoneses se valieran de patrullas de oficiales desmontados; y declaran los rusos que tales patrullas avanzaban en derechura á sus trincheras y al llegar cerca mientras un hombre permanecía en observación los demás rompían el fuego.

Durante la noche, la infantería avanzaba en formaciones compactas. Puestos de relación, establecidos en trincheras de 50 en 50 ó de 100 en 100 metros, mantenían el enlace entre los jefes de segundo orden.

El deseo de derrotar al enemigo, de hacer algo para perjudicarlo, se manifestaba hasta en las circunstancias en que los japoneses permanecían á la defensiva.

Acerca de esto, dice el capitán Schulz: "Cuando uno de nosotros recibe la orden de permanecer á la defensiva, suele obrar de este modo:—Busca en la carta una posición, y se sitúa en ella ó un poco más atrás con objeto de contener al enemigo; no pierde de vista la idea de que, si las circunstancias le favorecen y el enemigo no le ataca, debe atacar al adversario—. Los japoneses (una vez dada la orden) consideran el problema desde un punto de vista muy diferente. Ante todo buscan una posición. Si la encuentran se dicen:—El enemigo me creará en esta posición, pero yo sólo dejaré en ella el número preciso de fusiles para persuadirle que estoy realmente allí; mi fuerza principal la situaré en uno de los flancos ó en otra posición desde la cual atacaré al enemigo cuando se mueva para conquistar la posición que él cree que ocupó—. Los japoneses obran pues más imbuidos aun que nosotros por el deseo de engañar al enemigo. Con este objeto, se sirven de frentes falsos, maniqués de paja, líneas de guerrillas simuladas y cañones figurados, de madera."

Los alemanes no se contentan con reconocer las ventajas de la actividad, sino que trabajan diariamente para encontrar los medios de imprimir una mayor actividad al combate.

En lo que atañe á la infantería, los escritores alemanes proponen aumentar todavía más la iniciativa de los comandantes de sección, y lo mismo la de los jefes de grupo, y concederles, con lo que demuestran su acierto, facultades para adoptar, bajo su propia responsabilidad, formaciones más abiertas y menos vulnerables.

En lo que se refiere á los comandantes de grupo, se ha propuesto que se mantengan siempre delante de su tropa y no detrás (en Alemania, el jefe de grupo manda ocho hombres); el autor de esta idea, que firma "A. F." en el *Militär Wochenblatt*, dice que sólo resultan desventajas de la práctica de permanecer detrás el jefe de grupo; por ejemplo, no es fácil el mando desde atrás, y se pierde tiempo y se trastorna la formación del grupo cuando el jefe avanza en el momento del despliegue.

Una vez realizado el despliegue de la compañía ¿cómo se efectuará la maniobra, á menudo muy delicada, de reforzar la línea de fuego? Es evidente que en terreno abierto y bajo el fuego enemigo, en noventa y nueve casos de cada ciento será una equivocación el enviar una sección entera ó media sección de una vez, simultáneamente, á la guerrilla, aunque á veces el jefe de la sección carecerá de la suficiente energía para compeler á sus hombres á obrar de otra manera. El comandante Hulsén propone: "La compañía está en línea de secciones con intervalos de cincuenta pasos. Cada sección despliega, por ejemplo, la primera fila de tres grupos, la segunda fila sigue á unos 300 metros, y se reúne con la primera cuando ésta ha llegado á la primera posición de fuego; así no hay mezcla entre los grupos. Se encuentran, pues, 72 hombres haciendo fuego, porque hay ocho hombres en un grupo y tres secciones en una compañía. Si la primera línea sufre pérdidas, si, por ejemplo, caen muertos cinco ó seis hombres, son inmediatamente reemplazados por los de los grupos más próximos, hombre á hombre. Si durante el avance resultan claros entre las secciones desplegadas, los primeros grupos de sostén se mueven á los intervalos, llevando cada sección su propio sostén."

Este método de reforzar la guerrilla cuando la guerrilla está desplegada es, no ya el único recomendable, sino el único posible.

(Del *Journal of the Royal United Service Institution*)

LA INSTRUCCIÓN EN EL EJÉRCITO INGLÉS

Resumiendo el juicio que ha formado sobre la instrucción de las unidades (compañía, escuadron y batería), el Inspector General del ejército británico, Sir John French, ha emitido los siguientes conceptos, que tomamos de un periódico inglés. Ellos demuestran que el progreso verdad no es patrimonio exclusivo de las grandes Potencias del centro de Europa, y que el día de una guerra puede resultar más de una sorpresa.

Los escuchas y señaladores no han sido siempre instruidos dentro de sus compañías, como debería ser. La instrucción ha mejorado mucho; la única excepción es la práctica de atrincherarse: debería enseñarse al soldado ante todo á cubrirse individualmente, y más tarde á construir atrincheramientos combinados para una unidad. También se ha prestado más atención á los fuegos á cubierto y á las operaciones de noche, que han dado admirables resultados. La instrucción en el servicio avanzado no ha sido satisfactoria. El principio de emplear la compañía en las avanzadas no parece haber sido bien comprendido por todos los oficiales, porque frecuentemente se omite el sostén; las instrucciones para aprestarse á la defensa suelen ser oscuras y no siempre están acuerdo con los principios del Reglamento de campaña; también es de notar el defecto de no vigilar los flancos al realizar cualquiera operación, precaución más necesaria todavía cuando una tropa tan escasa como es una compañía maniobra sola. A menudo los escuchas son llamados á la compañía cuando se ha conseguido establecer el contacto con el enemigo; es verdad que los escuchas están bien instruidos en general, pero los oficiales rara vez los emplean con acierto.

En lo relativo á la caballería, se ha consagrado una atención demasiado exclusiva á la instrucción del escuadrón como unidad, con menoscabo de la instrucción colectiva del regimiento. Los métodos de instrucción á caballo, indican la necesidad de que estén mejor instruidos los que han de desempeñar el papel de instructores. Estos deberían estar más atentos á las pequeñas faltas individuales, y deberían estar siempre á caballo para enseñar con el ejemplo lo que explican. El principio de que cada pelotón ha de continuar siendo una unidad cuando el escuadrón está en línea, no es bien comprendido por los oficiales ni por la tropa; es necesario que todos comprendan que los principios que rigen para la marcha en línea de un pelotón son aplicables al mismo pelotón dentro del escuadrón. En las cargas, se acelera el aire demasiado pronto y á excesiva distancia del enemigo; cuanto menor sea la distancia á que empiece la carga, tanto más descansados llegarán los caballos, más dueños de ellos serán los ginetes y mejor se conservará el orden. El servicio de patrullas debe ser familiar á todos los oficiales de caballería, así como el de seguridad de su unidad. Se ha de dar mayor extensión á la práctica de asociar oficiales de artillería á caballo con la caballería, y de oficiales de caballería con la artillería; y conviene aprovechar todas las ocasiones para agregar á cada escuadrón aislado una sección de artillería; cuando esto no sea posible, se simulará la sección por medio de banderines.